



UNA DECISION ESPIRITUAL

A HORA mismo tengo que escribir un artículo humorístico porque necesito dinero para comprar los productos adulterados que me venden al precio que quieren; porque tengo que pagar la letra del piso donde vivo y que está construido con un crédito que los constructores han cancelado antes de empezar las obras con el dinero que hemos adelantado los ingenios compradores, el piso de cañerías estrechas y ascensores con hepatitis crónica, el piso invadido de contaminación en un barrio sin aceras donde el polvo es polvo en verano y barro en invierno. Y tengo que escribir algo gracioso que no ofenda ni las buenas costumbres, ni las leyes establecidas, ni las que puedan establecerse inesperadamente antes de que el periódico se ponga a la venta dentro de unos días, ni a las personas, ni a las instituciones ni a la susceptibilidad de las ambigüedades.

Fuera está detenido el anticiclón no sé dónde y estamos a 36° a la sombra. Es decir, a cua-

tro grados menos que en mi piso donde tengo que cerrar las ventanas para poder oír mis propios pensamientos. Pienso en mis pobres hijitos que se alimentan de lo que anuncia la televisión y haciendo tripas de corazón busco un tema que satisfaga el sadismo de mis lectores, que sea aceptado por el paternalismo de quienes se han irrogado a sí mismos el derecho de perrada intelectual y que no dé dema-

siados motivos para que mis lectores sigan teniéndome por imbécil.

Pasa el tiempo y empiezo a sentir la angustia de que si no envío mi trabajo a tiempo pueden no publicarlo. Decido, pues, desde el trópico de mi habitación, ser valiente hoy, día de cumpleaños y escribo:

"¿Cuándo se van a ir al cuerno... toda esa gente que cese sus situaciones de privilegio...?"

En el Metro, camino de la redacción, he leído más serenamente mi trabajo. Estaba rodeado de andrajosos bien vestidos, de pobre gente con dos mil dólares de renta "per cápita" y me he dado cuenta de que soy un privilegiado. Yo al menos sé pensar, leer y escribir. He roto las cuartillas, he salido a la calle y lleno de un místico y consolador cosquilleo me he comprado un libro de Gramsci. Pienso leerlo y que sea lo que Dios quiera.

AUGUSTUS ARLINGTON